

metido el fino pie, el zapatito de rojo tacón, el empeine, la pantorrilla, el muslo...

De las aves, prefirió el cisne, en cuya albura de nieve deleitaba el ojo; la paloma, en quien se le antojó ver candentes hogueras pasionales; el águila, de majestuoso vuelo desde que había acompañado a Júpiter en su trono. Buscó con ansia el azul, entendiendo ya no sólo un color que se ofrece en las flores y en las plumas de algunos pájaros, sino más bien un estado de alma, refugio para los soñadores, región alejada, distante, inmersa en la quietud ilimitada del espacio, comarca a donde se allega el artista cuando quiere, a solas, crear.

Pero Darío no anduvo solamente tras eso, a pesar de la brevedad de su vida, dentro de la cual ciertas horas hubieron de ser derrochadas en torno a mesas opimas abastecidas de succulentas viandas y regadas de capitosos vinos; existencia en donde hubo, además, periodismo de alto y de bajo coturno, alguna lucha política, diplomacia, empleos viles para ganar el pan cotidiano, y noches de bohemia gemebunda y aterida. Puede añadirse, en fin, y sin el ánimo de ennegrecer demasiado el cuadro, que Darío careció de método en su trabajo, y en cierto grado improvisó casi todas las composiciones que de él se conocen, inclusive las mejores. Sólo grandes poemas de encargo (a la Argentina, a Mitre) pudieron ser elaborados en frío, a conciencia, sabiendo cuál era el riesgo y la ventura a la vista. Los demás, con alguna excepción, salieron de pronto, en cualquier alto del camino, en el velador del hotel, en la mesa del café, en el álbum tentador y propicio, tras el cual sonreían los ojos misteriosos de la dama que bien podía hacer seguir el libro de una cita galante.

Y es que, a pesar de la brevedad de su vida, en Rubén Darío hay también algo del informe y suelto romanticismo, cual lo describe Benedetto Croce. En su obra vense amores, odios, angustias, júbilos, sentimientos todos en cuyo seno, llegado el instante de la expresión, Darío sabe depositar la magia del estilo, con luces y piedras preciosas. La expresión directa, hija de la ecuación, es poco frecuente en su verbo. Tiende, por inclinación espontánea y acaso irresistible, a la expresión fina, alquitarada, exquisita, llamada a satisfacer clientelas aristocráticas, antes que al vulgo, apellidado por él municipal y espeso, como signo supremo de asco. No es poeta de multitudes; no lo entenderán los demócratas, sintetizados para el poeta en el estrepitoso Walt Whitman, y, en consecuencia, le negarán desde el momento en que habiendo triunfado se dediquen a arrasar lo excelente y lo selecto.

En las vecindades del centenario me ha parecido conveniente evocar algunas de estas ideas surgidas al filo de la lectura de Darío, evitando en lo posible el fácil despliegue de fuentes eruditas, citas y demás

aparato de comprobaciones textuales, útiles, pero enojosas. Rubén Darío nació, en Nicaragua, en 1867. Ambuló por muchos países, y, en definitiva, donde menos vivió fue en su Nicaragua natal, cuyo ambiente se le antojaba estrecho y demasiado primitivo para sus ansias principescas y para sus apetitos de sibarita, excitados ya en la infancia. Y ahora, en la altura del centenario, la obra de Rubén Darío oscila en el filo de la navaja, balanceándose entre la negación extrema de unos y la indiferencia de los más. Ha pasado; pasó; ya no existe. Le acribillan las dudas y las reservas, y hay quienes, en su fuego, la ridiculizan y chotean sin advertir que este juego de chirigotas y de retruécanos ha podido hacerse, y en realidad se ha hecho, con todos los poetas de todos los tiempos, sin exceptuar a ninguno, a condición, eso sí, de reconocerse en su obra la grandeza indispensable para que el chistoso de turno se detenga en la obra y se decida a tornarla en blanco de sus bufonadas.

En el filo de la navaja... Por allí andamos, pues, cuantos creemos que Rubén Darío es algo más que tema de pullas. Clásico, aspiró a diseñar seres de fino rasgo con palabras precisas, en poemas de acabada estructura. Romántico, vertió acerbos dolores en versos, a los cuales la carga emocional no logra romper. Y por encima de todo, creó un estilo propio, llamado habitualmente modernista, que ahora se nos ofrece para el estudio. Quienes hayan contemplado las celebraciones de este centenario sin extremo disgusto, convendrán en que no será perdido el examen de la sensibilidad modernista si mediante él nos acercamos a vislumbrar el misterio del alma hispanoamericana. La hurañez, la desconfianza, la altivez, el silencio hosco y contenido, la abulia, la ingenuidad en el contento, la ensoñación en dotes inalcanzables, la pérdida de la fe, el cósmico desencanto de la vida, el remordimiento, tantas cosas y tantos sentimientos que afloran, de golpe y a un mismo tiempo, o en grados alternos y sucesivos, en el alma del hombre hispanoamericano, hallan en Rubén Darío un expositor de privilegiada importancia. En la brevedad de su obra cabe todo eso, y cabe más sin duda, puesto que cupieron asimismo algunas gotas de poesía.

RAÚL SILVA CASTRO
Ahumada, 131. Casilla 4256
SANTIAGO DE CHILE